


Borges:

A black and white portrait of Jorge Luis Borges, an elderly man with short, light-colored hair, wearing a dark suit, white shirt, and dark tie. He is looking slightly to the left of the camera with a thoughtful expression. His hands are clasped together in front of him. The background is a dark, textured wall, possibly brick or stone.

Entre tigres y rosas

Ricardo Lorenzo Sanz

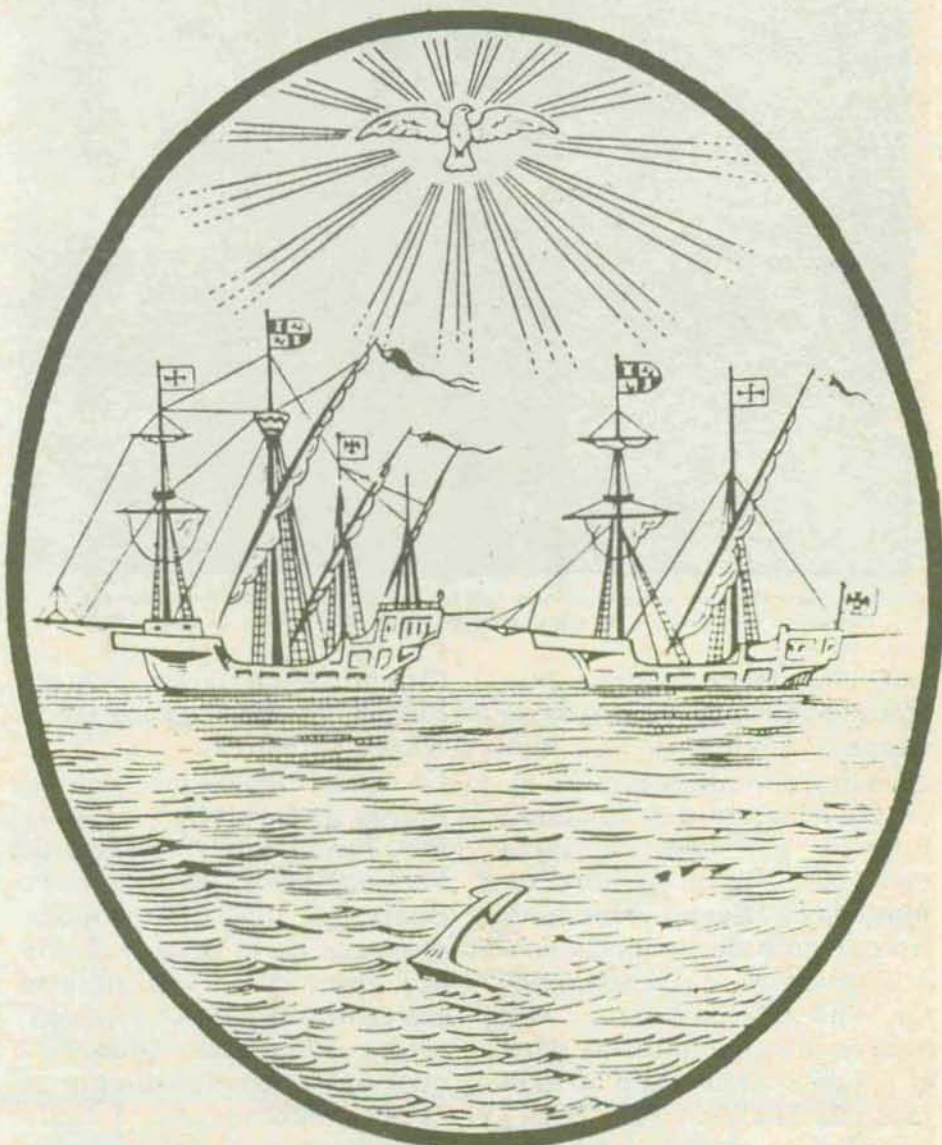
BUENOS Aires fue fundada dos veces —los argentinos muchas más, pero ésa es otra historia—; primero por Pedro de Mendoza en 1536 y luego, definitivamente, por Juan Garay en 1580. La ciudad, un aglomerado de trémulos ranchos de adobe y paja, se levantó junto al Riachuelo, aunque Borges lo niegue, y diga que esos «son embelecados tramados en La Boca. Fue una manzana entera y en mi barrio en Palermo». A Borges se le hace cuento que empezó Buenos Aires. La juzga «tan eterna como el agua y el aire». Sin embargo, ante la obligación de elegir un lugar como cuna, elige a Palermo.

El Palermo de principios de siglo era casi la frontera, con sus esquinas con almacén, rosadas «como revés de naipes» y sus hombres amigos de la caña fuerte y la daga nerviosa. Palermo era el coraje, la muerte porque sí, el tango.

LA infancia de Jorge Luis Borges transcurrió en este barrio, mejor dicho, en una casa de este barrio: «Yo creí durante muchos años haberme criado en un suburbio de Buenos Aires, un suburbio de calles aventurales y de ocaños visibles—La Pampa en ese entonces aún era una presencia—. Lo cierto es que me crié en un jardín, detrás de una verja con lanzas, y en una biblioteca de ilimitados libros ingleses. Palermo del cuchillo y la guitarra andaba (me aseguran) por las esquinas». En esa casa, en esa biblioteca, habitaban también sus fantasmas, los mismos que aún hoy lo acompañan en su departamento de la calle Maipú: los tigres, los espejos, los antepasados heroicos, las rosas, los laberintos...

Odios y amores que se entrelazan con las pasiones de las luchas fratricidas del siglo XIX y las guerras de la Independencia

de América del Sur. Antepasados ecuestres, polvaredas de montoneros, degüellos y fusilamientos.



Para Borges, Buenos Aires nació en Palermo, en su barrio. Pero duda que sea cierto. La juzga «tan eterna como el agua y el aire».

EL PEOR DE LOS PECADOS

Manuel Mújica Lainez, el autor de Bomarzo, ha dicho: «Para Borges, familia y patria son una sola y misma realidad» y es que la historia de los Borges es la historia misma del país y como en toda familia que se precie, los odios y amores son irracionales.



«Para mí —dice la madre de Borges—, siempre fue extraordinario. A los siete años escribió un cuento, *La visera fatal*... A los nueve años tradujo *El príncipe feliz*, de Oscar Wilde».

Los que llegaron antes han sido el parámetro de la vida de Borges, ninguno de sus muchos éxitos pudo borrar en él, el remordimiento de la deuda impaga. En 1976 escribirá esta confesión en su libro **La moneda de Hierro**: «He cometido el peor de los pecados / que un hombre puede cometer, / no he sido feliz... / Mis padres me engendraron para el juego / arriesgado y hermoso de la vida. / Para la tierra, el agua, el aire, el fuego. / Los defraudé. No fui feliz.

Cumplida / no fue su joven voluntad. / ...Me legaron valor. No fui valiente».

Un valor inculcado desde los muros de la biblioteca familiar, los antiguos retratos de los bisabuelos. Aquel Isidoro Suárez de origen portugués, vencedor de la batalla de Junín, para quien «la audacia era costumbre de su espada», primo del odiado Juan Manuel de Rosas, exiliado por su causa en Montevideo. Y Francisco Borges, oficial en el sitio de Montevideo y la Guerra del

Paraguay, muerto en batalla a los 39 años.

Su bisabuela Fanny Haslam, de credo protestante, aportaría a la familia su vertiente sajona y los intereses intelectuales.

Recordando a su padre, heredero de este linaje, Jorge Luis Borges dirá: «Mi padre murió en 1938, la mitad de su sangre era inglesa y, sin embargo, le gustaba hacer chistes sobre los ingleses... Escribió una novela histórica, **El Caudillo**; se volvió ciego bastante pronto. Siempre quiso ser hombre de letras... como mi padre quería ser escritor, se suponía que yo cumpliera era destino. Era anarquista, lector de Spencer. Cuando era chico me recomendaba que mirara bien las carnicerías, las iglesias, los curas, los militares y la bandera argentina, porque todo eso iba a desaparecer y más tarde yo podría contar que había visto una carnicería, un cura, un desfile militar...».

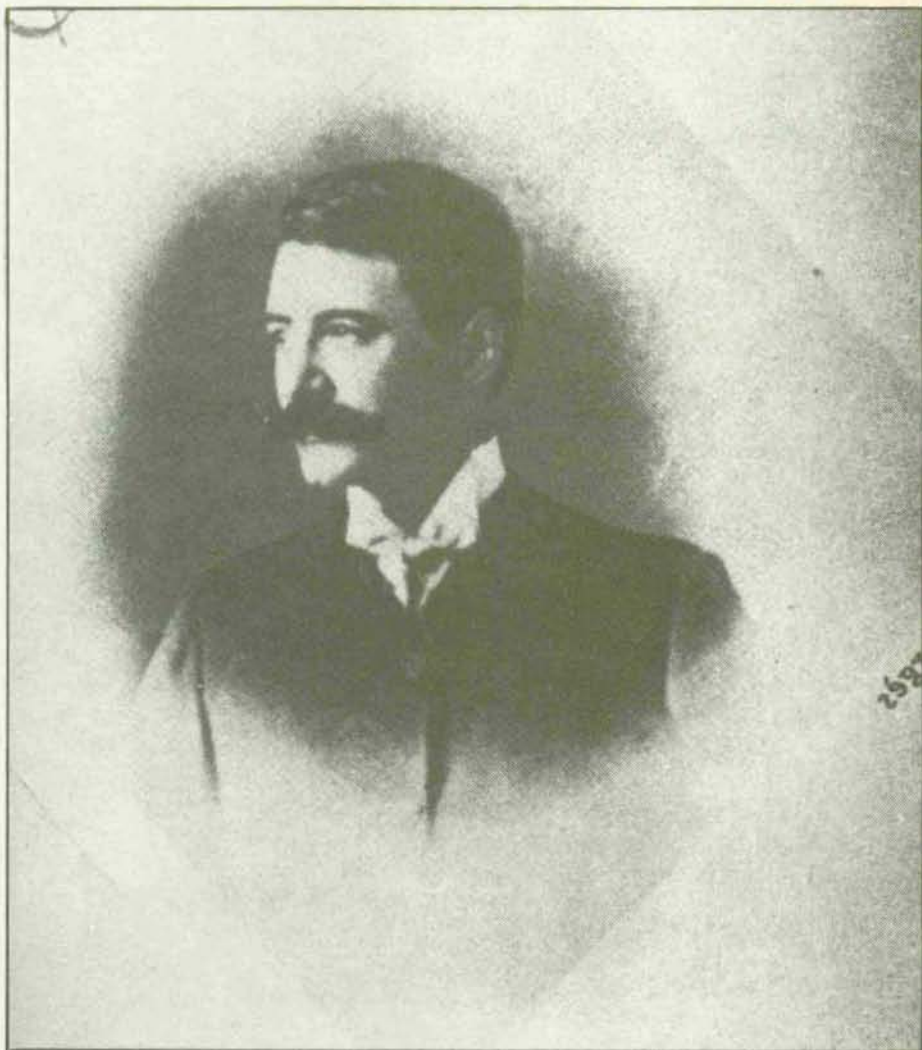
Leonor Acevedo de Borges, su madre, ha sido posiblemente la figura que más influencia ha tenido en la vida del escritor, transformándose en su colaboradora más eficaz y también en su memoria. María Angélica Bosco, una de las más prestigiosas biógrafas de Borges, recogió de ellas estas declaraciones: «Para mí —dice refiriéndose a su hijo—, siempre fue extraordinario. A los 7 años escribió un cuento, **La visera fatal**. **El Quijote** fue su primer libro de lectura. A los 9 años tradujo **El príncipe feliz**, de Oscar Wilde, que Alvaro Melián Lafinur publicó en el **País**. Todos creyeron que el traductor era mi marido, porque él había sido el primer traductor de las **Rubaiyat**, de Omar Kayham».

La muerte de Leonor Acevedo, ocurrida poco después de la publicación por Emece en 1974 de las obras completas

de su hijo, dejó a éste en una dolorosa soledad. En la dedicatoria del libro que recoge su obra dirá en homenaje a su madre: A Leonor Acevedo de Borges: «Quiero dejar escrita una confesión, que a un tiempo será íntima y general, ya que las cosas que le ocurren a un hombre les ocurren a todos. Estoy hablando de algo ya remoto y perdido, los días de mi santo, los más antiguos. Yo recibía los regalos y yo pensaba que no era más que un chico y que no había hecho nada, absolutamente nada, para merecerlos. Por supuesto, nunca lo dije; la niñez es tímida. Desde entonces me has dado tantas cosas y son tantos los años y los recuerdos. Padre, Norah, los abuelos, tu memoria y en ella la memoria de los mayores —los patios, los esclavos, el aguatero, la carga de los húsares del Perú y el oprobio de Rosas—, tu prisión valerosa, cuando tantos hombres callábamos, las mañanas del Paso del Molino, de Ginebra y de Austin, las compartidas claridades y sombras, tu fresca ancianidad, tu amor a Dickens y a Eca de Queiroz, Madre, vos misma. Aquí estamos hablando los dos, el tout le reste est littérature, como escribió, con excelente literatura, Verlaine».

EL OTRO

De la amplia biblioteca familiar, Borges pasó, sin transición, a los establecimientos educativos de Europa. En 1914 la familia abandona Buenos Aires, de la cual permanecerá ausente hasta el año 1921. Durante este lapso de tiempo, Borges estudia en Ginebra, y en 1918 se radica en España, donde toma contacto con el movimiento ultraísta del café Colonial de Madrid y especialmente con Rafael Cansinos Assens, el injusta-

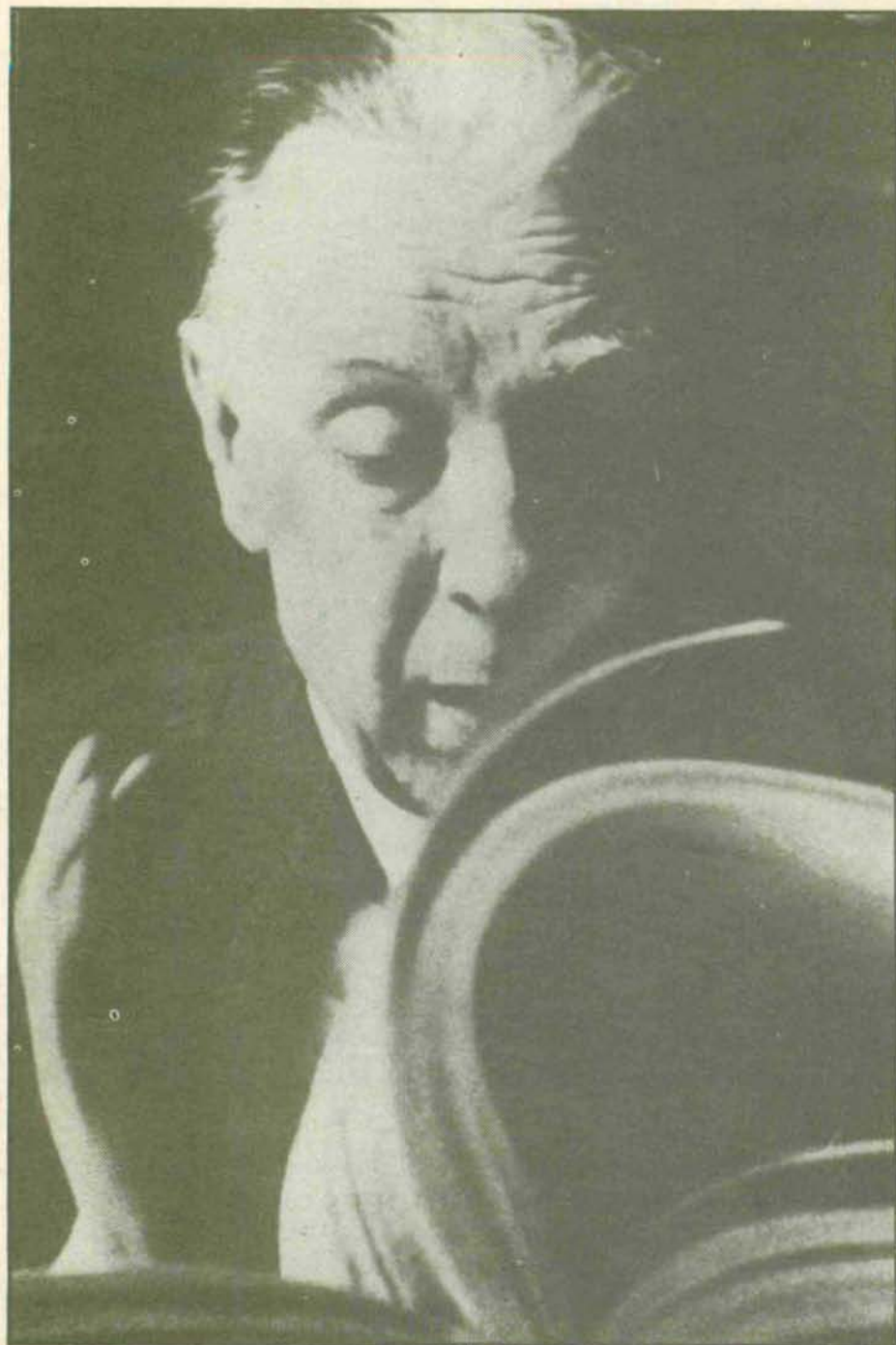


«Mi padre murió en 1938, la mitad de su sangre era inglesa y, sin embargo, le gustaba hacer chistes sobre los ingleses... Siempre quiso ser hombre de letras... como mi padre quería ser escritor, se suponía que yo cumpliría ese destino. Era anarquista...». (En la fotografía, Luis Borges).

mente olvidado autor de **El Candelabro de los Siete Brazos**, **El divino fracaso** e innumerables traducciones.

El Borges de aquellos años era un joven apasionado que adhería con entusiasmo al triunfo de la Revolución Rusa, la cual le inspiró algunos poemas de su posteriormente destruido libro **Salmos Rojos**. En 1969 Borges escribe un cuento, **El Otro** (incluido en 1975 en el **Libro de Arena**), donde nos presenta un imaginario encuentro del anciano ciego y el joven estudiante Jorge Luis. La confrontación de ambos Borges hecha por él mismo es de gran utilidad para entender el personaje. Cedamos la palabra a los dos Borges: «En lo que se refiere a la historia... (dice Borges viejo

al joven Borges), hubo otra guerra, casi entre los mismos antagonistas. Francia no tardó en capitular; Inglaterra y América libraron contra un dictador alemán, que se llamaba Hitler la cíclica batalla de Waterloo. Buenos Aires, hacia mil novecientos cuarenta y seis, engendró otro Rosas (se refiere a Juan Perón), bastante parecido a nuestro pariente. El cincuenta y cinco, la provincia de Córdoba nos salvó (allí comenzó el levantamiento militar). Ahora las cosas andan mal. Rusia está apoderándose del planeta; América, trabada por la superstición de la democracia, no se resuelve a ser un imperio. Cada día que pasa nuestro país es más provinciano. Más provinciano y más engreído,



La vida de Borges no se entiende sin la presencia de los libros, de las bibliotecas. En su casa había importante biblioteca familiar. Años más tarde trabajaría en algunas de ellas. Borges usa de los libros como de instrumentos con los cuales conocer la vida, vivir la vida misma.

como si cerrara los ojos. No me sorprendería que la enseñanza del latín fuera reemplazada por la de guaraní. Noté que apenas me prestaba atención. El miedo elemental de lo imposible y, sin embargo, cierto lo amilanaba. Yo, que no he sido padre, sentí por ese pobre muchacho una oleada de amor. Vi que apretaba entre las manos un libro. Le pregunté qué era. **Los poseídos** o, según creo, **Los Demonios**, de

Fyodor Dostoievski, me replicó no sin vanidad. Se me ha desdibujado. ¿Qué tal es? El maestro ruso —dictaminó— ha penetrado más que nadie en los laberintos del alma esclava. Le pregunté qué estaba escribiendo y me dijo que preparaba un libro de versos que se titularía **Los himnos rojos**. También había pensado en **Los Ritmos Rojos**. ¿Por qué no? —le dije—. Podéis alegar buenos antecedentes. El verso

azul de Darío y la canción gris de Verlaine. Sin hacerme caso, me aclaró que su libro cantaría a la fraternidad de todos los hombres. El poeta de nuestro tiempo no puede dar la espalda a su época. Me quedé pensando y le pregunté si verdaderamente se sentía hermano de todos. Por ejemplo, de todos los empresarios de pompas fúnebres, de todos los carteros, de todos los buzos, de todos los que viven en la acera de los números pares, de todos los afónicos, etc. Me dijo que su libro se refería a la gran masa de los oprimidos y parias. Tu masa de oprimidos y de parias —le contesté— no es más que una abstracción. Sólo los individuos existen, si es que existe alguien. El hombre de ayer no es el hombre de hoy, sentenció algún griego. Nosotros dos, en este banco de Cambridge o de Ginebra, somos tal vez la prueba».

El Otro es una verdadera curiosidad dentro de toda la producción borgiana, ya que en él aparecen sus ideas políticas, sus controvertidas y contradictorias ideas políticas, a las cuales Borges jamás permitió que interfirieran en su obra literaria.

ALLA POR LOS AÑOS VEINTE

En el año 1921 Borges regresa a Buenos Aires y la sume como suya: «Esta ciudad que yo creí mi pasado / es mi porvenir, mi presente; / los años que he vivido en Europa son ilusorios; / yo he estado siempre (y estaré) en Buenos Aires». Y en su barrio, en Palermo, ha de comenzar el aprendizaje, la recreación del paisaje y el tiempo, la falsificación que gracias a su arte se trocará en realidad.

En el poema **Mil novecientos veintitantos**, Borges reconstruirá esta etapa del pensa-

miento argentino: «La rueda de los astros no es infinita / y el tigre es una de las formas que vuelven, / pero nosotros, lejos del azar y la aventura, / nos creíamos desterrados a un tiempo exhausto / el tiempo en que nada puede ocurrir. / El universo, el trágico universo, no estaba aquí / y fuerza era buscarlo en otros lugares. / Yo tramaba una mitología de tapias y cuchillos / y Ricardo pensaba en sus reseros» (se refiere a Ricardo Güiraldes, el autor de **Don Segundo Sombra**).

Quienes atacan a Borges tildándolo de falsificador de realidades, parecen ignorar o pretenden ignorar esta confesión en forma de poema.

A su llegada a Buenos Aires se incorpora al grupo de intelectuales que más tarde han de fundar el periódico **Martín Fierro**, que dará el nombre a toda una corriente literaria.

En 1921 los asombrados porteños pudieron contemplar en los muros de las calles céntricas un cartel realzado por un dibujo de Norah Borges, la hermana del escritor. «El pequeño cartel era, en realidad, una revista. La primera y única revista mural de carácter literario que se halla producido entre nosotros. Se llamaba **Prisma**» (Córdoba Iturburu). El intento era dirigido por Eduardo González Lanuza, Jorge Luis Borges, Francisco Piñero y Guillermo Juan; apareció en sólo dos oportunidades, pero dio lugar a la posterior PROA, en la que intervinieron Macedonio Fernández, Norah Lange, Guillermo de Torre, Salvador Reyes, Leopoldo Marechal.

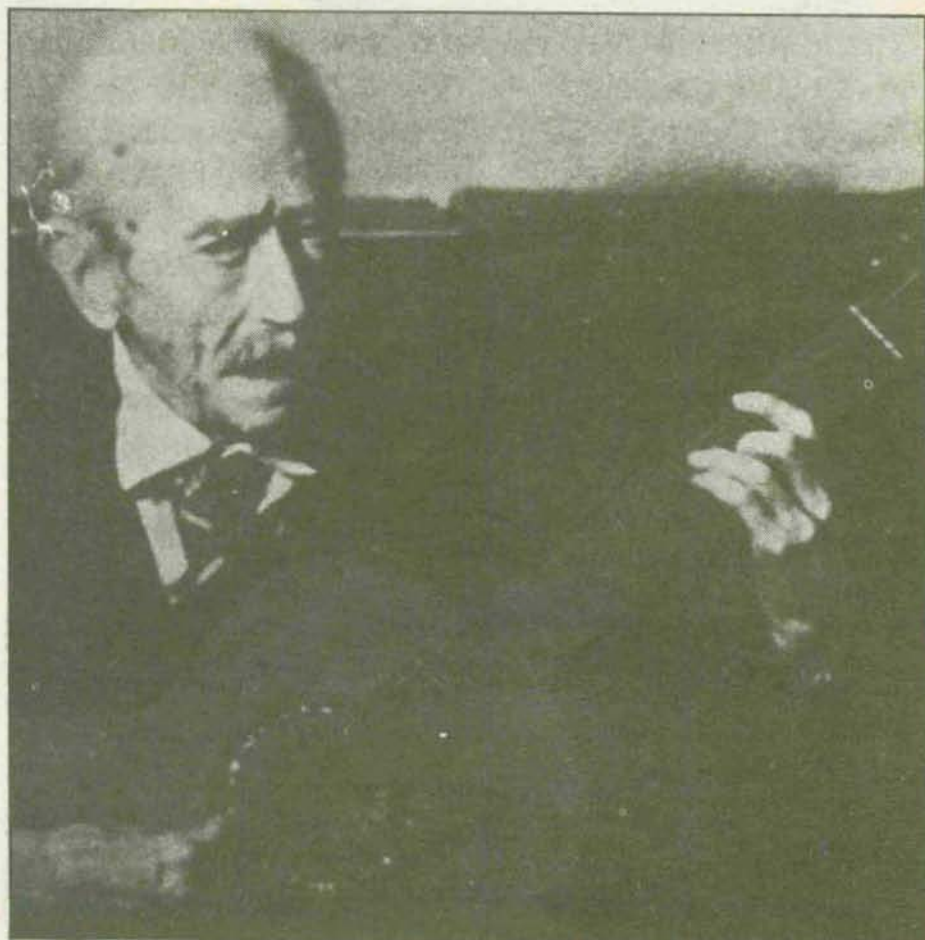
En 1923 Borges publica **Fervor de Buenos Aires**, a los que siguen **Luna de enfrente** (1925) y **Cuaderno San Martín** (1929). Estos tres libros de poemas constituirán su aporte al movimiento intelectual de

la década del veinte, bajo la influencia predominante del ultraísmo en boga y la reacción contra el modernismo representado por Leopoldo Lugones.

En 1969 en el prólogo a la nueva edición de **Fervor de Buenos Aires**, Borges escribe: «Los jóvenes de 1923 eran tímidos. Temerosos de una íntima pobreza, trataban como ahora, de escamotearla bajo inocentes novedades ruinosas. Yo, por ejemplo, me propuse demasiados fines: remedar ciertas fealdades (que me gustaban) de Miguel de Unamuno, ser un escritor español del siglo XVII, ser Macedonio Fernández, descubrir las metáforas que Lugones ya había descubierto, cantar un Buenos Aires de casas bajas y, hacia el poniente o hacia el sur, de quintas con verjas».

Eso jóvenes tímidos, a los que alude Borges, se nuclearon

junto a las figuras señeras de Macedonio Fernández y Ricardo Güiraldes en el movimiento **martinferrista**, que nació en 1924 y desapareció en 1928. Durante esos cuatro años el grupo intentó dar respuesta, prestar su voz, a las ansias de cambio que rechazaban los estrechos límites de la herencia de Rubén Darío: El Modernismo. Este anhelo es el mismo que sustentan en Francia los creacionistas y fantasistas, en España los ultraístas y en Alemania los expresionistas. Y es que el momento es propicio, un momento en el cual están presentes la movilidad y la esperanza. Se cree en la Sociedad de las Naciones y la paz perdurable. «La dura contienda había sido un exceso de realidad y, como una prolongación del aturdimiento de las trincheras, el mundo se aturde conforme a las reglas del buen de-



El afecto de Borges por Macedonio Fernández lo encontramos en uno de sus prólogos, escrito en 1969: «...Me propuse demasiados fines: remedar ciertas fealdades (que me gustaban) de Miguel de Unamuno, ser un escritor español del siglo XVII, ser Macedonio Fernández...».

porte y del veloz turismo. Regidos por un sentido afirmativo de la vida, en numerosos pueblos es dable advertir, un estado de espíritu más atento al porvenir que el pasado» (Carlos Mastronardi).

Es en esta época que Borges se impone ser argentino, huyendo de los moldes europeos a los que lo han ceñido su familia y su educación. Es así que adhiere al Partido Radical y a su carismático jefe Hipólito Yrigoyen (a quien repudiará años más tarde); recorre como un poseo las calles de los arrabales, desentrañando la geografía urbana, intenta aprender el lenguaje local. En 1927, junto a Raúl González Tuñón, Ulises Petit de Murat y Leopoldo Marechal, in-

tenta el Comité Yrigoyenista de Intelectuales Jóvenes.

«Olvidadizo de que ya lo era, quise también ser argentino. Incurrí en la arriesgada adquisición de uno o dos diccionarios de argentinismos, que me suministraron palabras que hoy apenas puedo descifrar: madrejón, espadaña, estaca pampa...». Sin embargo, su preocupación por el lenguaje sería la causante de su acercamiento a Victoria Ocampo, la casi mítica y controvertida directora de **Sur**, la revista que marcó un hito en la historia de la literatura hispanoamericana.

En 1928 Borges logra el segundo premio en el concurso organizado por la Municipalidad de la Ciudad de Buenos

Aires, con su ensayo **El idioma de los argentinos**. Victoria Ocampo, impresionada por la obra, le envía una carta en la que le dice: «Usted ha sabido decir lo que siempre pensé de la lengua española y que no he podido decir. Quiero hablar con usted». Esta carta marca el inicio de una estrecha colaboración entre la directora de **Sur** y el joven y «titubeante» escritor.

En 1930 aparece **Evaristo Carriego**, la biografía del poeta de los bajos fondos porteños será la escusa que servirá a Borges en la búsqueda de respuestas a los interrogantes de su infancia. La recreación de este «Magro poeta de ojitos hurgadores, siempre trajeado de negro, que vivía en el arrabal» (Giusti). Le permitirá indagar, «¿qué destinos vernáculos y violentos fueron cumpliéndose a unos pasos de mí, en el turbio almacén o en el azaroso baldío? ¿Cómo fue aquel Palermo o cómo hubiera sido hermoso que fuera?». En esta obra surge el narrador —sin desplazar al poeta— y ya están presentes los temas que acometerá más tarde desde múltiples ángulos. Conjuntamente con la aparición de Carriego, Argentina presencia el ingreso de los militares en la vida política, se produce el derrocamiento de Yrigoyen y se instaura el gobierno de inspiración nazi-fascista de José Félix Uriburu.

HUIDA Y FICCIÓN

Los años treinta —Wall Street mediante— fueron el período de incubación del huevo de la serpiente, el nazi-fascismo. Los años treinta en la Argentina pasarían a la historia bajo el nombre sombrío de la Década Infame. Será también la década del crimen y el suicidio político.

En 1935, en pleno recinto del Congreso Nacional, el dipu-



«Lo cierto es que me crié en un jardín, detrás de una verja con lanzas, y en una biblioteca de ilimitados libros ingleses».

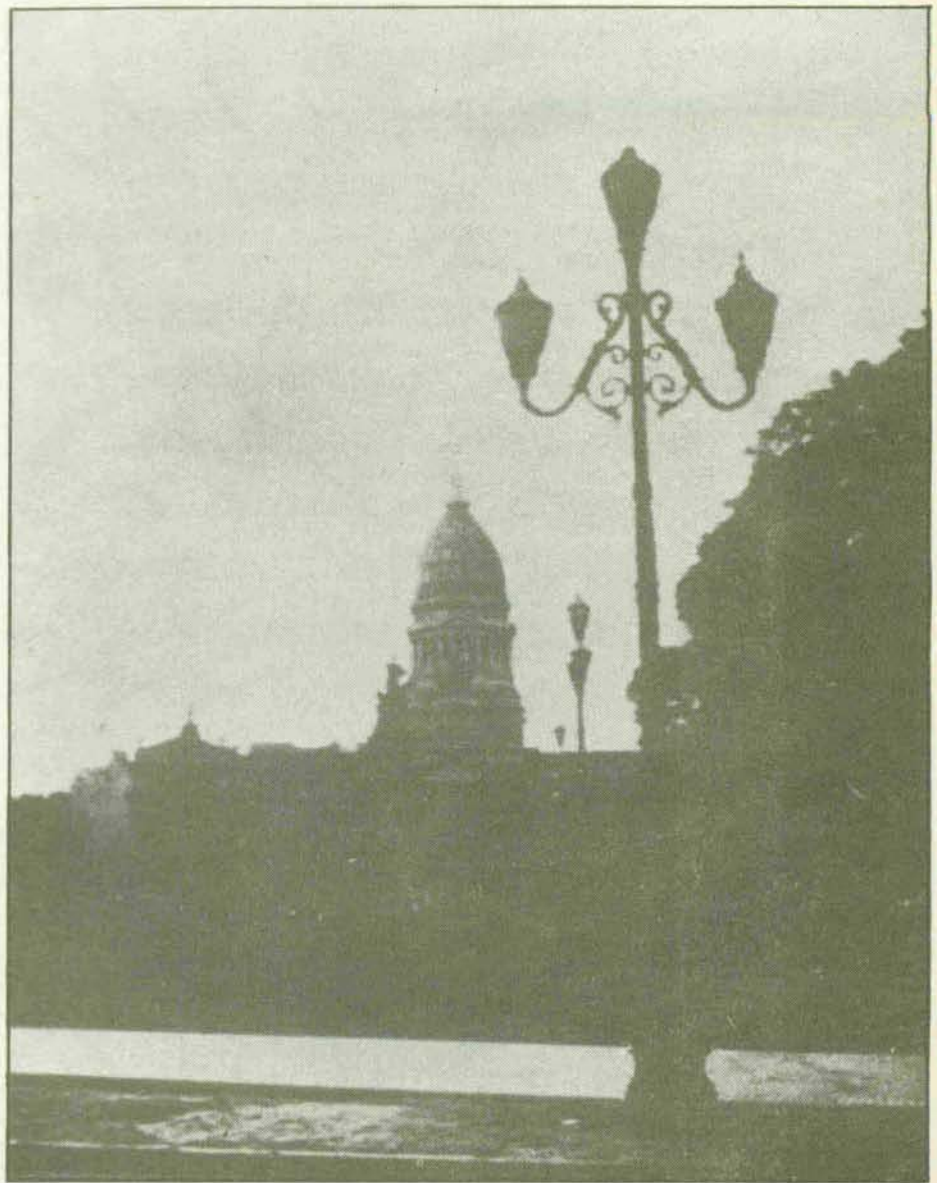
tado Enzo Bordabehere recibía en su cuerpo las balas dirigidas a Lisandro de la Torre, el tribuno popular jefe del Partido Demócrata Progresista que denunciaba las maniobras de los frigoríficos ingleses. Los balazos asesinos resonaron en todo el país, el tambaleante andarivel liberal comenzaba a desmoronarse.

Otras muertes, otras víctimas, otros suicidas: Alfonsina Storni, Horacio Quiroga, Florencio Parravichini, Leopoldo Lugones y el propio Lisandro de La Torre corrieron dramáticamente el telón de una época en la que Argentina creyó ser democrática. Fueron respuestas individuales, gritos en el desierto, en definitiva: un gesto ante la demencia.

Otros intelectuales como Roberto Arlt, González Tuñón, Leopoldo Marechal, Elías Castelnuovo, se enrolarían en las corrientes sociales y practicarían la lucha contra el régimen.

Borges, sin vocación de suicida ni de beligerante, inaugura un camino inédito, la construcción de un universo personal, de un cosmos regido por leyes y códigos propios. Esta fuga de la realidad, esta huida del tiempo inmediato, lo llevará a la magia, transformándolo en descubridor y adelantado. Por eso no debe molestarnos cuando con su habitual ironía dice: «A mí se me combatió por mágico, y ahora ellos, los realistas, quieren hacerse los mágicos. Creo que ahora voy a tener que escribir cuentos sociales».

Durante el período comprendido entre el gobierno de Uriburu (1930) y el gobierno peronista (1946), publica una serie de libros fundamentales: **Discusión** (1932), **Historia Universal de la Infamia** (1935), **Historia de la Eternidad** (1936), **Ficciones** (1944), **Artificios** (1944).

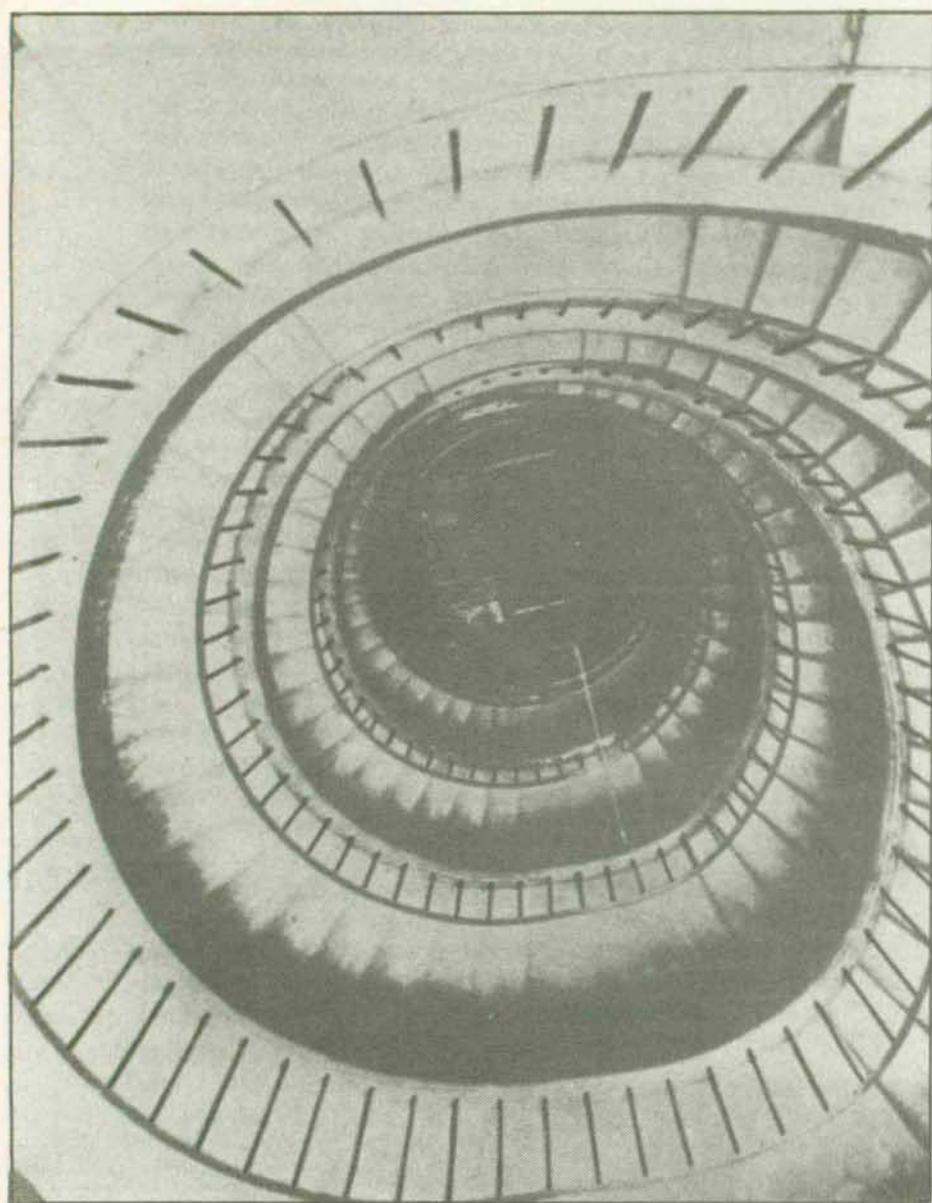


«Esta ciudad que yo creí mi pasado, es mi porvenir, mi presente. Los años que he vivido en Europa son ilusorios, yo he estado siempre (y estaré) en Buenos Aires» (Borges).

Cada título es un escalón ascendente, Borges pule su herramienta en orgullosa soledad, las sombras de la ceguera lo van cercando poco a poco, su universo se reduce cada vez más entre los laberintos de las altas estanterías de la Biblioteca Nacional, donde trabaja como bibliotecario.

Hemos mencionado a la fuga de Borges, a la huida de Borges como camino inédito e inaugural de escritor no beligerante, no obstante esa fuga, esa huida jamás es total. En el prólogo a **Discusión**, Borges declara: «Vida y muerte le han faltado a mi vida. De esa indigencia, mi laborioso amor por estas minucias». Vida y

muerte que para Borges son sinónimo de heroísmo y actitud ética. No es un escritor beligerante, sin embargo, aunque parezca paradójico, es un escritor comprometido, y contesta a quienes lo tildan de antiargentino en un capítulo de **Discusión**, llamado **El escritor argentino y la tradición**, diciendo: «Tomemos el caso de Kipling: Kipling dedicó su vida a escribir en función de determinados ideales políticos (actitud opuesta a la de Borges), quiso hacer de su obra un instrumento de propaganda y, sin embargo, al fin de su vida hubo de confesar que la verdadera esencia de la obra de un escritor suele ser



Borges cree que siempre se libra la misma batalla, por eso habla de la «cíclica» batalla de Waterloo, las fuerzas del mal contra las del bien, la cultura contra la barbarie.

ignorada por éste; y recordó el caso de Swift que al escribir **Los viajes de Gulliver**, quiso levantar un testimonio contra la humanidad y dejó, sin embargo, un libro para niños... Por eso, repito, que no debemos temer y que debemos pensar que nuestro patrimonio es el universo; ensayar todos los temas, y no podemos concretarnos a lo argentino para ser argentinos: porque o ser argentino es una fatalidad y en este caso lo seremos de cualquier modo, o ser argentino es una mera afectación, una máscara».

En 1935 nace el cuentista al incluir entre los relatos de **Historia Universal de la In-**

famia, el cuento **Hombre de la esquina rosada**, «que ha logrado un éxito singular y un poco misterioso». El éxito de este cuento, como el éxito de muchos de los cuentos de Borges del mismo estilo, reafirmarían la opinión de Kipling y su ejemplo de Swift y Gulliver. **Hombre de la esquina rosada** transforma lo que pretendió ser la fría descripción de un asesino cuchillero en una mirada nostálgica y cómplice. En el epílogo de sus obras completas, Borges urde su propia biografía y así nos dice refiriéndose a sí mismo: «Pensaba que el valor es una de las pocas virtudes de que son capaces los hombres, pero

su culto lo llevó, como a tantos otros, a la veneración atolondrada de los hombres del hampa. Así, el más leído de sus cuentos fue **Hombre de la esquina rosada**, cuyo narrador es un asesino. Compuso letras de milonga, que conmemoran a homicidas congéneres... Su secreto y acaso inconsciente afán fue tramar la mitología de un Buenos Aires que jamás existió. Así, a lo largo de los años, contribuyó sin saberlo y sin sospecharlo, a esa exaltación de la barbarie que culminó en el culto del gaucho, de Artigas y de Rosas».

EL SUR

El culto involuntario del gaucho y sus normas de honor son algo más profundo que el simple intento literario de fabricar una mitología del pasado. Así lo prueba el cuento **El Sur** (curiosamente el preferido por Borges), incluido en su libro **Artificios**. Este cuento es profundamente antobiográfico. En diciembre de 1938 sufre un accidente, que durante semanas lo pone al borde de la muerte, las alucinaciones, producto de la fiebre, le han de dictar las páginas en las cuales el protagonista, un bibliotecario (el propio Borges), convaleciente de una grave enfermedad, en una pulpería bonaerense, acepta el duelo a cuchillo con un compadre y sabe que ésa es la elección más importante de su vida, la elección de su propia muerte. «Sintió, al atravesar el umbral, que morir en una pelea a cuchillo, a cielo abierto y acometiendo, hubiera sido una liberación para él, una felicidad y una fiesta, en la primera noche del sanatorio, cuando le clavaron la aguja. Sintió que si él, entonces, hubiera podido elegir o soñar su muerte, ésta es la muerte que hubiera elegido o soñado. Da-

hlmann (Borges) empuña con firmeza el cuchillo, que acaso no sabrá manejar, y sale a la llanura». En la ficción alucinada de la fiebre, Borges pone fin a la huida y actúa como sus bisabuelos o como aquellos gauchos que sirvieron a su odiado pariente don Juan Manuel de Rosas.

CIVILIZACION O BARBARIE

Borges cree que siempre se libra la misma batalla, por eso habla de la «cíclica» batalla de Waterloo, las fuerzas del mal contra las del bien, la cultura contra la barbarie. Adhiere incondicional a la antinomia enunciada por Sarmiento, **Civilización o Barbarie**, y en base a esos principios analiza los fenómenos políticos del país y del mundo. En aras de la ilustración repudia a la democracia, justifica la esclavitud, condena a las mayorías. El fenómeno peronista, complejo y condicionado

por la nueva correlación de fuerzas producto de la Segunda Guerra Mundial, será vivido por él como la repetición exacta de las luchas del siglo XIX, que dividieron a los argentinos en unitarios y federales, sectores irreconciliables que levantaron banderas opuestas. Las de Rosas, por un lado, las de su primo Lavalle, por otro.

Perón es Rosas y en esta simplificación tiene su origen su oposición al régimen instaurado en 1946. No olvidemos que en la década del veinte Borges formó parte de un comité de intelectuales que apoyaban a Yrigoyen, que encabezaba un movimiento populista, y el peronismo vendría a ser el otro movimiento populista de la historia contemporánea argentina. ¿Cómo explicar entonces esta contradicción? James E. Irby, en su Encuentro con **Jorge Luis Borges**, la analiza afirmando que Borges ve en el populismo de los años veinte un medio de liberarse del medio familiar, y

de reafirmar su identidad, su empeño de **ser argentino**. Irby recuerda: «Borges se separa notablemente del criterio aristocrático de su madre. Con certeza comparte su espíritu de casta distinguida, su horror a la vulgaridad, pero también adora e idealiza las imágenes populares de coraje ilícito que repugnan a doña Leonor: el gaucho, el compadre de 1900, el gángster norteamericano de la belle époque. Con voz temblona y detonante una tarde me cantó varios tangos y una milonga **para fastidiar a Madre**». Pero el Borges de 1946 no es el mismo del año 27, la rebeldía juvenil ante el marco familiar se ha transformado en aceptación total del mismo. Borges ha comprendido que se puede **ser argentino** siendo europeo, un europeísmo a contramarcha propio de principio del siglo XIX. En conversaciones con Napoleón Murat (J. L. Borges L. Herne) explica su oposición al gobierno de Perón: «Creo que aquí no era cuestión de políti-



Su madre, Leonor Acevedo, ocupa un lugar excepcional en la vida del escritor. Le agradece «tu prisión valerosa, cuando tantos hombres callábamos... las compartidas claridades y sombras, tu fresca ancianidad, tu amor a Dickens y a Eça de Queiroz, Madre, vos misma...».



Para Borges, Perón es otro Rosas. El golpe de Estado de septiembre de 1955, lo considera como un hecho que salvó a la patria de la dictadura y de la ignominia.

ca. El gobierno de Perón era tan canalla que se trataba de una cuestión de honestidad». Borges entiende lo canalla en el mismo sentido que el Larousse: «Populacho vil, gente baja y ruín». Sin embargo, su postura en esta etapa histórica tampoco ha de ser beligerante y solamente renuncia a su cargo público de bibliotecario cuando el gobierno lo retira de su función y lo traslada al departamento de inspección de aves y huevos en el Mercado de Abasto de Buenos Aires. «En la época de Perón hice lo que pude a mi manera, nunca estuve en la cárcel, mi madre, mi hermana y mi sobrino, sí».

Durante el período peronista han de aparecer **El Aleph** (1949) y **Otras inquisiciones** (1952). Con estos dos libros, el prestigio de Borges adquiere resonancias internacionales y

sus cuentos comienzan a ser estudiados en las universidades inglesas, francesas y norteamericanas como el producto más novedoso junto a Lovecraft de literatura fantástica del siglo XX. **El Aleph** será el primer libro que alcanzará un éxito masivo, éxito que sorprenderá al propio autor.

En 1955 se produce el triunfo de la autodenominada «Revolución Libertadora», que termina con el segundo gobierno de Perón. Borges apoya públicamente el golpe militar y es nombrado por las nuevas autoridades profesor de la cátedra de literatura inglesa en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Años más tarde debió renunciar a ella por haber sobrepasado el límite de la edad establecido por los reglamentos, pero cuando se produce el golpe militar de Onganía, en 1966, y se destruye la reforma universitaria practicada durante el gobierno de Frondizi



En estos viejos cafés, los escritores de Buenos Aires se reunían. Borges participa del grupo de intelectuales que más tarde han de fundar el periódico *Martin Fierro*.



Bloy Casares, con quien Borges escribiera varias obras.

Las sombras que le rondaron desde joven se han apoderado de él definitivamente. Sólo percibe el **amarillo**, el color de sus tigres, «no el tigre overo de los camalotes del Paraná y de la confusión amazónica, sino el tigre rayado, asiático y real, que sólo pueden afrontar los hombres de guerra sobre un castillo, encima de un elefante». Ya es un anciano vacilante el que en 1961 se hace acreedor, junto a Samuel Beckett, del Prix International des Editeurs.

Por estos años se produce su afiliación al Partido Conser-

(con la consiguiente expulsión de los profesores democráticos y progresistas), solicita su reincorporación a la cátedra, solicitud que le es concedida.

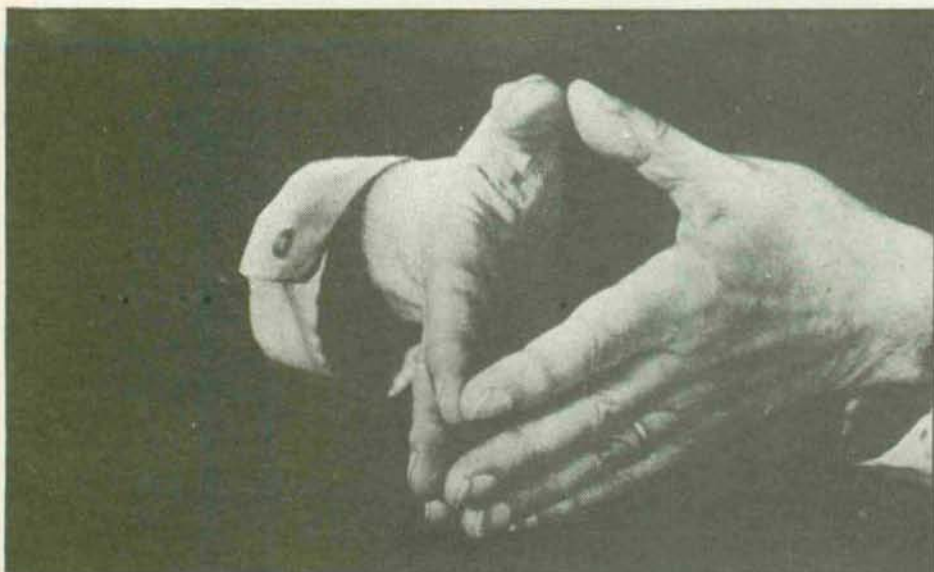
La actividad de Borges como profesor merecería un capítulo aparte. El mismo no cree en las universidades ni en las cátedras magistrales. Jamás pregunta fechas, porque es incapaz de recordarlas; cuando examina, permite al alumno abordar un tema y no le interrumpe. La escritora Alicia Jurado, que fuera su discípula, ha dicho que sus clases son «tiempo perdido para los jóvenes debutantes... Para apreciarlas es necesario ser adulto, tener edad y lecturas suficientes, preferir la lógica a la retórica, el deslumbramiento a la pedagogía, porque sólo así se comprenderá que la voz monótona de confuso ritmo construye paso a paso una obra de arte de sorprendente contenido».

EL HACEDOR

En 1960, cuando aparece **El hacedor**, Borges ya es ciego.

«He cometido el peor de los pecados, que un hombre puede cometer, no he sido feliz... Me legaron valor. No fui valiente».





Borges rechazó la autodestrucción y la militancia, apelando a la construcción de un universo personal, de un cosmos regido por leyes y códigos propios. Esta fuga de la realidad, lo llevará a la magia, transformándose en un descubridor y adelantado en el mundo de la literatura.

vador argentino (el que tantas veces ha tenido que desautorizar sus declaraciones), porque «es indudablemente el único incapaz de suscitar fanatismos». Sin embargo, como una paradoja borgiana será él quien empieza a ser objeto de fanatismo. Cada declaración suya desata la polémica, desde distintos ángulos y se lo ataca y alaba con idéntico ímpetu.

En 1964 aparece **El otro, el mismo**, y en 1965 **Para las seis cuerdas**. Borges siempre sorprende. Cuando parecía definitivamente ganado para la magia, para los juegos brillantes de la cábala, renace en él en este último título su fervor por Buenos Aires y su arquetipo, el compadre. Borges-payador dice en el prólogo de **Para las seis cuerdas**: «En el modesto caso de mis milon-

gas, el lector debe suplir la música ausente por la imagen de un hombre que canturrea, en el umbral de su zaguán o en un almacén, acompañándose con la guitarra. La mano se demora en las cuerdas y la palabra cuenta menos que los acordes».

Luego vendrían **Elogio de la sombra** (1969), **El informe de Brodie** (1970), **El oro de los tigres** (1972). En el lapso de aparición de estos libros sucedieron muchos hechos en la vida de Borges y del país. Su sorpresivo casamiento, su presumible divorcio (ambos sucesos fueron cubiertos con gran despliegue por la prensa), su nombramiento como Doctor Honoris Causa en las universidades de Cuyo y Oxford, sus clases en Harvard y Texas, su anual postulación como candidato al Nobel. El país, mientras tanto, presenciaba el paso continuado de tres militares por el Sillón de Rivadavia. Onganía, Levingstón y Lanusse, que preparó el terreno hacia la salida electo-



Plaza de Mayo de Buenos Aires. En su centro, la Pirámide de la República de esa república del siglo XIX que Borges considera insuperable.

ral y el tercer gobierno peronista.

L'ANCIEN TERRIBLE

En 1973 Héctor J. Cámpora, candidato del Frente Justicialista de Liberación, obtiene el triunfo en las elecciones (logra el 50 por 100 de los votos emitidos). Su posterior renuncia permite el acceso de Perón a la presidencia de la nación. Borges decide abandonar su cargo de director de la Biblioteca Nacional y acogerse a los beneficios de la jubilación y declara no tener miedo a las represalias: «Quizá ahora lo más peligroso en Buenos Aires sea ser peronista, porque los otros peronistas lo matan o tratan de matarlo». La masacre de Ezeiza, el 20 de junio de 1973, en ocasión de la recepción tributada por el pueblo a la llegada de Perón y la caza de montoneros organizada desde el Ministerio de Bienestar Social por José López Rega, confirmarían las palabras del escritor.

El primero de julio de 1975 se produce la muerte de Perón y asume la presidencia su esposa, Isabel Martínez. Una inflación galopante incontenible y el enfrentamiento de las distintas tendencias insertas en el movimiento peronista auguran el golpe militar del 24 de marzo de 1976. En este período de 1975 aparece **El libro de arena**, donde se incluye el cuento **El otro** (un fragmento del cual hemos utilizado al comienzo de este trabajo), en donde hay claras alusiones a la ideología pasada y presente del autor.

Cuando se produce el golpe de la Junta Militar, encabezada por Jorge Rafael Videla, **Borges se halla en Washington**. Desde allí declara su adhesión y su agradecimiento a «esos caballeros que nos han sal-

vado de la ignominia». A su regreso a Buenos Aires participará, junto a Sábato y otros pocos escritores, de un almuerzo servido en los salones de la Casa Rosada, a invitación de Videla.

Luego vendrían sus públicas felicitaciones a Pinochet, la condecoración ofrecida por éste, la aparición de **La moneda de hierro** (1976) y **Cosmogonías** (1976, **Rosa y azul** (1977) y la firme determina-

el enfrentamiento armado entre Argentina y Chile, Borges se pronunció a favor de la población chilena. El diario **La Razón**, de Buenos Aires (órgano periodístico al servicio del gobierno militar), le acusó de traidor a la patria, recordando su pasado marxista y sus **Salmos Rojos**.

Cada día más solo entre sus laberintos, Borges se apresta a cumplir ochenta años y espera con ansiedad la disolución to-



«Yo espero morir eternamente...» (Borges).

ción de la Academia Sueca de negarle el Premio Nobel. Y es que en realidad Borges es el menos interesado en recibirlo. Sus inconcebibles declaraciones revelan la política de un hombre al que jamás interesó la política. Tal vez el rechazo que logra cada vez que emite un juicio le permita seguir habitando en ese universo personal que tan laboriosamente se ha creado. Ni siquiera permite el reconocimiento de sus aliados de clase. En ocasión del conflicto de Beagle, que estuvo a punto de desencadenar

tal: «Yo espero morir eternamente, y creo que si me dijeran que tengo que morir esta noche, fuera de las circunstancias físicas de la muerte, que pueden ser dolorosas, creo que no me importaría nada. Pero posiblemente me equivoque, posiblemente me pusiera a temblar y a llorar, porque como nadie se conoce... Yo estaría preocupado pensando en las erratas de una próxima edición, por ejemplo, y en las personas que quiero, como es natural..., y en la Patria también». ■ R. L. S.